

Los 80 años del Nobel



# Historia secreta DE LA CIUDAD Y LOS PERROS

El historiador Carlos Aguirre excavó en los archivos personales de Mario Vargas Llosa en Barranco y Princeton, y consiguió material inédito que revela aspectos desconocidos sobre las peripecias que sufrió el escritor para la publicación de su primera novela.



Escribe: Ángel Páez.

Uno de los sueños recurrentes de los fanáticos de Mario Vargas Llosa es franquear los accesos a sus archivos personales para descubrir sus secretos mejor guardados, como sus cartas y manuscritos. Uno de los pocos privilegiados en conquistar los fueros documentales del escritor es el profesor Carlos Aguirre. Fue algo parecido a un premio a la tenacidad de un detective literario, antes que la conquista de un obsesivo recolector de parafernalia vargallosiana. Aguirre recibió la autorización nada menos que del propio novelista para revisar más de un centenar de misivas que guarda celosamente la Universidad de Princeton, en Nueva Jersey. Por si fuera poco, el escritor también le abrió las puertas de su biblioteca en Barranco donde se encuentra su archivo de recortes periodísticos y de una serie de papeería producida en sus encierros en las horas de escritura. Y, sin embargo, el profesor Aguirre, todavía insatisfecho, como todo investigador obsesionado por los detalles, logró que Vargas Llosa aceptara un interrogatorio en Nueva York sobre la historia secreta de la publicación de su primera novela, *La ciudad y los perros* (1963).

Aguirre atrapa al lector desde el principio, como si de un diestro novelista se tratara, y deja para el final la confirmación o desestimación de una serie de historias que se han tejido alrededor del relato de un grupo de cadetes del Colegio Militar Leoncio Prado, ubicado en el distrito chalaco de La Perla, al borde del mar. Aguirre relata la historia no contada de cómo consiguieron Vargas Llosa, y especialmente su editor, Carlos Barral, sortear la censura franquista.

El profesor Aguirre logró obtener una copia del expediente que los censores españoles armaron sobre *La ciudad y los perros*, encabezados por el temido Carlos Robles Piquer, el encargado de expurgar los libros que consideraba eran veneno para los lectores. De este modo, Aguirre pudo comparar entre el original que revisó Robles y lo que finalmente se vendió en librerías. Los hallazgos son extraordinarios. Robles, por ejemplo, no aceptó el comentario sobre la novela que escribió Julio Cortázar porque lo creyó revolucionario, subversivo. El argentino apuntó que Vargas Llosa "es el) implacable testigo del infierno, su alucinante experiencia puede ser también fórmula de redención el día en que nuestros pueblos descubran la libertad profunda que espera su hora enterrada al pie de las estatuas ecuestres de las plazas". El censor Carlos Robles Piquer detectó alusiones al generalísimo Franco, por lo que con un grueso lápiz rojo tachó el manuscrito de Cortázar y puso: "No autorizada".

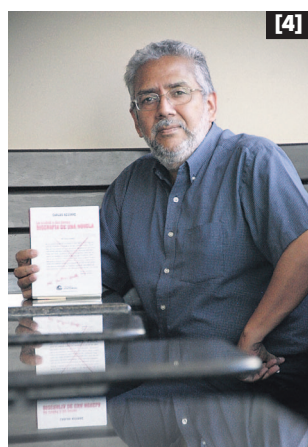
Increíblemente, como descubrió el profesor, detective, e investigador Carlos Aguirre, Mario Vargas Llosa y su censor



[2]

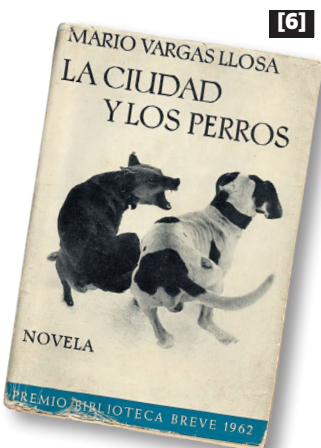


[3]



[4]

“Esto en nada modifica mi oposición de principio a la censura” (Carta de Mario Vargas Llosa al censor español).



[6]

No hay evidencia que acredite la versión sobre la quema de *La ciudad y los perros*, pero Vargas Llosa asume que es cierta.

Robles intercambiaron cartas sobre el contenido de la novela antes de su salida a la calle. Aguirre anota que José María Valverde, quien trabajaba como lector de novelas de Carlos Barral -el editor de Vargas Llosa- era amigo de Robles. Valverde convenció a Robles de que *La ciudad y los perros* era una obra monumental, y que quedaría muy mal parado en la historia de la literatura mundial si impedía la publicación. Robles estuvo entre la espada y la pared porque el libro del peruano era en el fondo un severo cuestionamiento al totalitarismo militarista, algo que encarnaba Francisco Franco.

Cuando Aguirre entrevistó a Vargas Llosa, y le mostró una foto del expediente franquista, quedó sorprendido. "Le dije: 'Esta es la foto del texto de

1. Los censores españoles dijeron que la novela de los cadetes es inmoral.
2. Vargas Llosa aceptó algunas modificaciones para superar la censura.
3. Carlos Barral (primero, derecha), tuvo un papel clave en la publicación.

4. Carlos Aguirre con un ejemplar de "Biografía de una novela".
5. El libro de Vargas Llosa fue visto como una alegoría antifranquista.
6. La censura no permitió la publicación de un texto de Julio Cortázar.



[5]

Cortázar que censuró el franquismo'. Quedó sorprendido. 'Y dónde está ese expediente?', me preguntó. Le respondí que en el archivo general de la administración de Alcalá de Henares. No lo conocía. 'Esto me parece surrealista', comentó. Yo sabía cosas que él no sabía, entonces se animó a hablar más", relató Carlos Aguirre.

El destino de la primera novela de Vargas Llosa parecía que sería el archivo definitivo.

Un primer censor de *La ciudad y los perros*, P. M. de la Pinta Llorente, consideró la novela "inmoral", aunque no descartó una edición española siempre que se eliminaran varias páginas, "todo ello repelente en general, y todo se refiere casi siempre, además de la inmoralidad general, a la mariconería, y con ello decimos

todo". A sugerencia de Barral, Vargas Llosa escribió una carta, el 17 de julio de 1963, al superior de De La Pinta, Carlos Robles Piquer, con quien se había entrevistado poco antes para llegar a un acuerdo.

Vargas Llosa aceptó hacer algunos cambios para superar la censura, pero aclaró al comisario franquista de la literatura: "Me siento en la obligación moral de decirle que, con estas explicaciones, quiero cumplir un deber de cortesía con usted, por las amabilidades que ha tenido conmigo, pero que esto en nada modifica mi oposición de principio a la censura, convencido como estoy de que la creación literaria debe ser un acto eminentemente libre, sin otras limitaciones que las que le dictan al escritor sus propias convicciones". Touché.

Carlos Aguirre es profesor de historia en la Universidad de Oregon y ha publicado *Dénde duro que nos siente: Poder y transgresión en el Perú republicano* (2008); y *Breve historia de la esclavitud en el Perú: Una herida que no deja de sangrar* (2005); y ahora incursiona en el terreno literario con *La ciudad y los perros: Biografía de una novela* (2015, Fondo Editorial PUCP). La rigurosidad de Aguirre lo impulsó a determinar si era verdadera o falsa la versión de que estudiantes exaltados del Colegio Militar Leoncio Prado quemaron una pila de ejemplares de la primera edición de la novela de Vargas Llosa. En todo caso, el escritor Manuel Scorza fue quien publicó la supuesta incineración pública de la novela, según Aguirre, para aumentar las ventas de la edición peruana de *La ciudad y los perros*.

"Como historiador me someto a lo que me dice la evidencia y la evidencia, o la falta de evidencia, me indica que no se quemaron los libros. Fue uno de esos mitos urbanos. Y no soy el primero en decirlo, tengo que admitirlo, y lo menciono en el libro. Quise ampliar un poco la investigación, me revisé todos los diarios de Lima de todas esas semanas de la supuesta quema y no hay nada salvo un par de breves referencias. No hay ninguna otra mención. Entrevisté a cadetes que estudiaban en el Leoncio Prado esos años y la conclusión es que no hubo. ¿Quién inventó la leyenda? No lo sé, pero hay indicios de que fue Manuel Scorza. Digo indicios hasta que aparezca alguna prueba fehaciente de que sí ocurrió. Seré el primero en aplaudir ese hallazgo y reconocerlo. Pero hasta el momento en que puse el punto final a mi manuscrito estoy convencido de que no ocurrió", afirma Aguirre mientras revisa algunos papeles desordenados en busca de algún dato que se le escape.

Pero, ¿qué le dijo Mario Vargas Llosa sobre el tema cuando lo entrevistó en Nueva York?

Aguirre sonríe. "Le dije que había personas que dudaban de la veracidad de la historia de la quema de libros. 'No, no, no', me contestó: 'No me queda la menor duda. Incluso hay tres versiones sobre quién lo hizo, pero la quema sí existió. No sé, no sé cuál es cierta, pero de que ocurrió, ocurrió', me dijo así, tajantemente. Le respondí: 'Hay una versión que dice que es Scorza quien inventó la historia'. Entonces, arguyó: 'Scorza era capaz de muchas cosas peores que esa, pero en este caso no fue invención de Scorza, ocurrió'. Yo he llegado a la conclusión de que la historia de la quema de libros es tan seductora, y se ha contado tantas veces que, si no ha existido, tendría que haber ocurrido. Además, Vargas Llosa la adoptó desde el principio", relató.

Están seductora la historia que Mario Vargas Llosa debería añadir a *La verdad de las mentiras*. O habría que inventarla con conocimiento de causa. ●